

LOS REPUBLICANISMOS Y LOS CATALANISMOS EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX

Oriol Colomer Casas

El catalanismo: un problema historiográfico y conceptual

A menudo se ha presentado el catalanismo como un movimiento de clases medias y altas en el cual los sectores populares, y con ellos todas las fuerzas políticas que pretendían representarlos, tenían un papel puramente marginal¹. No es sorprendente que se decidiera celebrar su centenario el año 1992: las Bases de Manresa eran, según este punto de vista, el acto fundacional del movimiento catalanista. Todo lo anterior (Almirall, el Consejo Regional del republicanismo federal de 1883...) era algo previo, un tanto rudimentario y ambiguo, de lo que sería el “verdadero” catalanismo, aquel que acabaría cristalizando políticamente en la Lliga Regionalista.

Y esta visión del catalanismo fue asumida por personalidades pertenecientes a la historiografía marxista como J. Maurín, con su conocida tesis sobre las tres fases del catalanismo, o Jordi Solé-Tura, con su estudio sobre Prat de la Riba y el naciente movimiento catalanista². Los años Setenta, la

1. Una de las principales tesis que se desprenden, por ejemplo del estudio de J.Ll. Marfany, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1996, es que el catalanismo y/o el nacionalismo (en su investigación existe una confusión preocupante entre estos dos conceptos, los cuales a veces son utilizados como sinónimos y en otras ocasiones como antónimos) recibió su impulso inicial de determinados sectores de las clases acomodadas, conservadoras y católicas de Barcelona.

2. Nos referimos a J. Solé-Tura, *Catalanisme i revolució burgesa*, Barcelona, Ed. 62, 1964. El profesor Borja de Riquer, con el cual este primer apartado del presente artículo está en deuda ya que recoge algunos de sus comentarios e intervenciones que ha venido efectuando en recientes seminarios de doctorado, considera que algunos de los aspectos de las obras de Solé-Tura, que no es un historiador sino un especialista en pensamiento político, han contribuido a crear una visión estereotipada del catalanismo que parte de la historiografía española y catalana han asumido acríticamente.

obra de Termes, aunque no cuestionaba la secuenciación interpretativa del catalanismo establecida por Prat de la Riba y los jóvenes del Centre Escolar³, sí que destacó su impulso social y popular⁴. La tesis de Termes, según la cual existía un catalanismo popular de resistencia y un catalanismo oportunista producto de un viraje táctico que las clases conservadoras llevaron a cabo a partir de la crisis del '98, fue más un éxito político coyuntural (en un momento de esplendor de la izquierda catalanista antifranquista) que un punto de referencia historiográfico que sirviera para impulsar nuevos trabajos sobre el tema en cuestión.

¿Cómo tenemos que entender el catalanismo para poder comprender las relaciones que con él mantuvieron las diferentes corrientes republicanas en el último cuarto del siglo XIX? Desde sus inicios, a mediados del siglo XIX, el catalanismo fue un movimiento que se caracterizó por su pluralidad ideológica y organizativa. Aunque determinados posicionamientos historiográficos se empeñen en defenderlo, el catalanismo nunca fue monopolizado por un sector social, partido político o tendencia ideológica. Esto no quiere decir que en determinadas épocas el movimiento catalanista no fuera hegemonizado por unos sectores sociales y políticos y en otro periodo por unos otros: hasta los años Ochenta el catalanismo era percibido por la gran mayoría de la población como un movimiento cercano al anticlericalismo y al laicismo, mientras que en los Noventa el catalanismo generalmente se fue empezando a ver como algo más próximo a determinados sectores conservadores. Sin embargo, en ningún momento el catalanismo perdió la pluralidad ideológica mencionada. Hecho que no nos tendría que sorprender si consideráramos, como es debido, la dificultad de conseguir una representatividad interclasista, perseguida por un movimiento como el catalanista, en una sociedad tan conflictiva y tan poco cohesionada socialmente como la catalana. El grado de pluralidad al que nos estamos refiriendo está en buena medida condicionado por esta fractura social que se vivía en Cataluña.

El catalanismo fue, por lo tanto, un movimiento que aglutinó gente de procedencia muy diversa. Esta última afirmación nos obliga, siempre que se hable de catalanismo, a precisar a qué tipo de catalanismo se hace referencia, pero también exige que se entienda que dentro del movimiento catalanista no sólo tomaron parte aquellos que entendían Cataluña como

3. Secuenciación interpretativa a partir de la cual se extendió la concepción del catalanismo que estamos presentando e intentando rebatir: del provincialismo de Balmes y los hombres de la Renaixença se pasó al regionalismo hasta llegar al nacionalismo que era capaz de diferenciar los conceptos de nación y Estado. Véase P. Gabriel, *El catalanisme del federalisme i el federalisme del catalanisme d'esquerres a tombants de segle XIX i XX*, en "L'Avenç", 1998, n. 229, pp. 40-41.

4. Véase J. Termes, *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.

una nación⁵. El concepto de catalanismo debería flexibilizarse, mientras que el de nacionalismo tendría que precisarse ya que, en buena parte de la historiografía catalana, el nacionalismo engloba de manera un tanto abusiva todos aquellos movimientos que persiguen una reforma del Estado central que acabe aceptando la plurinacionalidad del territorio y un cierto autogobierno. En cambio, en la historiografía anglosajona, los movimientos nacionalistas sólo son aquellos que luchan a favor de la independencia política de la nación que pretenden representar.

El republicanismo frente al catalanismo

Fue especialmente durante la segunda mitad de los años Ochenta y los años Noventa, periodo en el cual el catalanismo empezó a tomar fuerza, cuando los republicanos catalanes comenzaron a posicionarse sobre la cuestión catalana. Lo hicieron y de muy diversas maneras: las diferentes familias republicanas, desde los republicanos unitarios hasta los federales, a menudo discrepaban alrededor de esta cuestión; discrepancias y contradicciones que, a veces, podían localizarse en el seno de una misma tendencia republicana.

En general, lo que compartirán las diferentes familias republicanas entorno al catalanismo es en considerar este movimiento como un simple disfraz de los antiguos conservadores; un disfraz impregnado de una buena dosis de antidemocratismo y clericalismo. No hay que olvidar, sin embargo, que hubo republicanos, especialmente federales pero no sólo éstos, que no querían que el sector conservador monopolizara el naciente movimiento catalanista y se esforzaron en presentarlo como algo positivo dentro de un sistema político como el de la Restauración tan sumamente estancado; el catalanismo, desde este punto de vista, podría ser un revulsivo que no se alejaba en exceso de sus propuestas descentralizadoras.

El republicanismo posibilista, más conservador y burgués, no tendió a valorar positivamente el catalanismo. Criticó con frecuencia el carácter reaccionario de un movimiento que, si tenemos en cuenta el españolismo del que hacían gala y que se expresó de manera virulenta y demagógica durante los conflictos coloniales, no debe extrañarnos que les desagradara: no lo percibieron como un factor de fortalecimiento de la patria española, sino como un elemento disgregador de la misma. Sin embargo, debe incluirse un matiz apuntado por Ángel Duarte: a pesar de lo expuesto, en

5. Incluso así, tampoco podríamos desvincular absolutamente el catalanismo del republicanismo del último cuarto del siglo XIX ya que el republicano federal Vallès i Ribot, en un discurso en Granollers el 6 de setiembre de 1886 distinguió claramente los conceptos de nación y Estado. Véase P. Gabriel, *op. cit.*, p. 42.

determinadas ocasiones los republicanos posibilistas llegaron a considerar exageradas e ilusorias las denuncias según las cuales el catalanismo era un movimiento “separatista”; no eran manifestaciones hechas desde la coherencia ideológica, sino desde la imposibilidad o reticencia ideológica, táctica, incluso personal, de coincidir plenamente con los planteamientos de los políticos dinásticos conservadores absolutamente integrados dentro del régimen restauracionista⁶.

Pero las reacciones del republicanismo conservador alrededor del catalanismo no se limitaron a criticar los postulados catalanistas y determinadas denuncias dinásticas al mismo movimiento catalanista. Aunque muy tímidas y poco concretas, existieron algunas propuestas no efectuadas en contra de, sino en positivo. Según su opinión, el catalanismo, siempre que no significara ni persiguiera una ruptura con el Estado, sino, al contrario, un fortalecimiento y una revitalización de la vida política y social españolas mediante unas iniciativas que, de hecho, se acercaban más al provincialismo que no al nuevo regionalismo, sería un factor positivo. El republicanismo conservador se limitó a defender la conveniencia de este tipo de catalanismo, las demandas del cual no deberían trascender en ningún caso una descentralización administrativa nunca bien concretada.

El posicionamiento de los republicanos federales catalanes frente al fenómeno catalanista fue mucho más complejo. La mayor parte de federales catalanes se manifestaron radicalmente en contra, pero otros se mostraron, si no entusiastas, sí favorables y convencidos de incluir algunos sectores y reivindicaciones catalanistas dentro del partido y el programa federales.

La reflexión teórica que sustentaba el rechazo al catalanismo por reaccionario y antiliberal partía de la ortodoxia de Pi y Margall: el catalanismo, al propugnar la autonomía de la región, consideraba a ésta como un ente histórico superior no sólo al municipio (lo cual entró en contradicción con las tesis municipalistas defendidas por determinados federales y posibilistas), sino también, y aquí existía la máxima discrepancia ideológica, al individuo y sus derechos. Un individuo que tenía que ser la base de todo planteamiento liberal; si se consideraba que por encima de él había algo más trascendente se estaba, según este punto de vista, retrocediendo y apoyando a posturas antiliberales (de aquí viene la acusación de carlista y antidemocrático que a menudo desde las filas federales se lanzaba al movimiento catalanista). La ortodoxia de Pi no podía asumir que una entidad histórica estuviera por encima de los individuos y que existiera independientemente de sus voluntades.

Otra de las reflexiones teóricas sobre las cuales se basaba la crítica federal al catalanismo era la que provenía de la contraposición entre la frater-

6. À. Duarte, *El Republicanisme català a la fi del segle XIX*, Vic, Eumo Editorial, 1987, p. 102.

nidad universal de la cual se enorgullecían los federales y el egoísmo que, en su opinión, guiaba la conducta catalanista: el catalanismo sólo era capaz de tener en cuenta los intereses de una sola colectividad, la cual no estaba sola en el Estado español; la regeneración del Estado no tenía que partir de una sola comunidad, sino de todas las regiones que la conformaban. Era necesario luchar todos juntos contra un Estado centralista y opresor, y no contraponer los intereses de una región con los de todas las otras.

Sin embargo, el republicanismo federal y el catalanismo no fueron dos movimientos absolutamente paralelos el uno del otro y dentro del federalismo hubo quien defendió, a pesar de que parte de la historiografía lo ha subestimado o sencillamente lo ha ignorado, un acercamiento al catalanismo⁷. En el partido de Pi y Margall existía un sector que quería integrar en el federalismo toda la problemática nacional. Si no tenemos esto en cuenta, no podremos entender porque durante la reunión federal de marzo de 1887, la línea de Vallès i Ribot acabó consiguiendo la incorporación de bastantes elementos regionales a las filas del partido. De igual forma no entenderíamos la causa de que en cierta prensa federal, en las semanas siguientes, se valorase positivamente el fenómeno del regionalismo y se destacase la opresión y la escasa posibilidad que tenían las diferentes regiones de desarrollar sus potencialidades al estar sometidas a un Estado unitario. Y, finalmente, tampoco comprenderíamos la solidaridad que expresó Vallès i Ribot en persona, y todo el sector que representaba, con el Centre Escolar Catalanista, la Lliga de Catalunya y el periódico “La Renaixensa”, al ser éstos objeto de una dura represión en marzo de 1897⁸.

Todos estos contactos entre federales y catalanistas culminaron en marzo de 1898, cuando los republicanos federales defendieron, junto con la Unió Catalanista, la candidatura de un catalanista como Josep Permanyer i Ayats para el distrito de Vilanova del Penedès.

Contactos y acercamientos que no supusieron la desaparición de las tensiones en el seno de la familia republicana federal. Al contrario, esta aproximación fue objeto de críticas que, por un lado, se centraron en la escasa concreción de las propuestas catalanistas en aspectos económicos,

7. Resulta imperdonable (siempre desde un punto de vista historiográfico, sin querer participar de las descalificaciones personales que, en determinadas ocasiones, se han lanzado injustificadamente contra el autor al cual nos referimos) que Marfany, en un trabajo ya citado en el presente artículo, *La cultura del catalanisme*, ni tan siquiera mencione las relaciones del republicanismo federal con el movimiento catalanista. En este sentido, se puede consultar el estudio de P. Gabriel, *Catalanisme i republicanisme del vuitcens*, en *El catalanisme d'esquerres*, Girona, Centre d'Estudis Històrics i Socials, Quaderns del Cercle, 13, 1997. En esta investigación, Gabriel analiza las vinculaciones entre el catalanismo y el republicanismo federal destacando la importancia del Congreso Regional Federal de 1883 y las manifestaciones encabezadas por Vallès i Ribot que propugnaban un acercamiento al movimiento catalanista.

8. À. Duarte, *op. cit.*, p. 106.

políticos, sociales y religiosos⁹ y, por otro, en la ya repetida reticencia de un movimiento que proclamaba una autonomía que mucho distaba de la federación para todo el Estado propuesta por la ortodoxia federal.

Respecto la cuestión lingüística, los republicanos federales mantendrán una actitud más flexible en comparación con la postura invariable adoptada por los republicanos conservadores, pero, en términos generales, se mostraran reticentes a utilizar el catalán en actos públicos (mitines, reuniones); tan sólo lo utilizaban con asiduidad en círculos familiares y en sesiones dedicadas a la lectura de poesía. No hay que olvidar también que el catalán era absolutamente minoritario en todo tipo de órganos de prensa republicana catalana, excepto la satírica (véase “la Campana de Gràcia” o “L’Esquella de la Torratxa”). Y aunque la presencia del catalán, especialmente en los periódicos federales, fue aumentando, siempre lo hizo de una manera muy limitada. Es significativo destacar el hecho de que ninguna familia republicana sugiriera la posibilidad de educar las clases populares, las cuales eran mayoritariamente autóctonas, en catalán; la lengua que tenía que servir para culturizar el pueblo y de esta forma proporcionarle las herramientas necesarias para su emancipación era el castellano¹⁰.

Un posicionamiento republicano crítico respecto al catalanismo: el caso de Mataró

La ciudad de Mataró constituye un buen ejemplo mediante el cual se pueden analizar las críticas y las reticencias, al igual que algunas valoraciones positivas que no pretendemos marginar, que el movimiento catalanista despertó dentro de las tres familias republicanas más importantes de la capital del Maresme y de toda Cataluña: la federal, la posibilista y la progresista.

El republicanismo federal de Mataró mantuvo un posicionamiento político e ideológico de rechazo bastante claro respecto al catalanismo y al uso de la lengua catalana. La crítica más destacable al movimiento catalanista era la que provenía de los círculos más próximos a Pi y Margall; la argumentación ya se ha expuesto: si se consideraba que por encima del individuo y sus derechos existía algo más trascendente (en este caso, véase región o nación) se estaba renunciando a los principios democráticos. Se acusará al movimiento catalanista de reaccionario y poco liberal:

9. Una de las máximas reivindicaciones y factores que conformaban la cultura política de los republicanos federales era su intento de separar la Iglesia y el Estado; no debe sorprendernos que un sector significativo de la familia federal compartiera las críticas a la ambigüedad o al reaccionarismo del catalanismo alrededor de la cuestión religiosa.

10. À. Duarte, *op. cit.*, p. 122.

¿Se prestarán todos los catalanistas á someterse á esta disciplina? Mucho lo dudo: los reaccionarios minan el campo catalanista, como quien no quiere la cosa; si algún liberal se encuentra en él, no tardará mucho a llevarse a engaño¹¹.

Y, en la misma dirección, se entrará en discusión con el semanario catalanista del Maresme “La Costa de Llevant” y se afirmará que:

[...] el partido catalanista, tal vez celoso como el nuestro de los intereses de la pequeña patria; pero, menos amante que nosotros, sin duda alguna, de la libertad individual á la que tienen derecho todos los ciudadanos de las naciones cultas¹².

El federalismo de Mataró también criticará duramente al catalanismo acusándolo de anacrónico y contrario al progreso:

Tampoco somos regionalistas partidarios de restablecer poderes anacrónicos, que tal vez fueron convenientes en otros siglos, pero que hoy pugnan con los progresos alcanzados¹³.

Esta crítica al supuesto anacronismo que defendía el catalanismo era muy frecuente en la tendencia federal municipalista cercana a Pi, la cual, a pesar de mantener diferencias substanciales con los republicanos federales de Mataró, al heredar muchos pensamientos del líder federal, coincidía a menudo con algunos de los planteamientos que se encontraban en la prensa federal mataronina¹⁴.

Por otra parte, de la misma manera que desde distintos sectores del federalismo catalán se criticaba la ambigüedad política e ideológica de las Bases de Manresa y del catalanismo en general, los republicanos mataroninos también denunciaron insistentemente las indefiniciones políticas del movimiento catalanista:

No considera (el corresponsal en Mataró de “La Costa de Llevant”) necesario que el Catalanismo se decida por ésta ó la otra forma de Gobierno, porque lo mismo pueden ser buenas o malas las repúblicas que las monarquías. [...] Es verdad: las repúblicas pueden ser malas; como las monarquías. Pero como quien rige repúblicas, no hereda su cargo, como puede heredar una *pubilla* la ropa blanca que se le da al casarse, resulta su autoridad menos depresiva para los pueblos que tienen dignidad, que la de un monarca *hereditario*, que lo son todos. Y como los presidentes de repúblicas no lo son por la *gracia de Dios*, y desempeñan, bien o mal,

11. A. Franquesa, *Insistiendo*, “El Nuevo Ideal”, 21 octubre 1899, p. 1.

12. Id., *Contestación*, “El Nuevo Ideal”, 23 septiembre 1899, p. 1.

13. Id., *El Regionalismo de los federales*, “El Nuevo Ideal”, 22 enero 1898, p. 1.

14. Joaquim Vinyas, uno de los principales dirigentes de esta corriente federal municipalista, consideraba que el catalanismo pretendía «hacernos retroceder a la Edad Media». Véase P. Gabriel, *Catalanisme i republicanisme del vuitcents*, en *El catalanisme...*, p. 73.

su cargo, durante un plazo limitado, que fija la Constitución del país, cabe sustituirlo por otro, cuando no van a lo que el pueblo espera de ellos. [...] ¿Continúa usted creyendo indiferente eso de la forma de gobierno?¹⁵.

A menudo se puede detectar una preocupación electoralista íntimamente relacionada con la competencia que ejercía la fuerza catalanista sobre un partido federal que a finales de siglo empezaba a perder fuerza. El hecho de que el catalanismo asimilara o pretendiera asimilar unos sectores sociales que tradicionalmente había representado el federalismo generó una preocupación en el campo federal que no debe menospreciarse ya que fue, según Àngel Duarte, «un dels motius importants pels quals es va convertir [el catalanisme] en un dels arguments habituals en la reflexió teòrica i doctrinal dels republicans catalans de finals de segle XIX»¹⁶. En la capital del Maresme se reivindicará que muchas de las propuestas que propugnaba el catalanismo ya fueron proclamadas con anterioridad por el republicanismo federal:

Como cosas accidentales y explotables en la propaganda catalanista, de buen éxito infalible, conceptuamos el abominar del caciquismo, bien que nadie puede hacerlo con mejores títulos que los federales demócratas; porque fuera de la Democracia Federal el caciquismo subsiste siempre, en forma más o menos escandalosa o repugnante. Como también el que se recoja de nuestro programa lo del servicio militar voluntario. Los más entusiastas aplausos que alcanzaron los oradores entonces todos federales, que arengaron a las masas desde la revolución de Septiembre hasta la restauración, fue al tratar de la abolición de las quintas. Todo esto es justo, pero, es sobrado antiguo para que pretendan recabarlo como propio suyo el Catalanismo. Por mucho que se empeñe, no logrará nunca borrar la marca de procedencia¹⁷.

Sin embargo, el republicanismo federal mataronino no sólo se dedicó a criticar el naciente catalanismo y comenzó a destacar, ya a finales del siglo XIX, aspectos positivos que, a su entender, contenía este movimiento. A pesar de que en Mataró la mayor parte del republicanismo federal se opuso a encontrar puntos de encuentro con el catalanismo, todas estas vistas y acaloradas discusiones que acabamos de reproducir no nos pueden hacer olvidar que los republicanos federales mantuvieron una sensibilidad regionalista mucho más acentuada que el resto de fuerzas políticas republicanas. Valorarán positivamente el regionalismo como movimiento favorable

15. A. Franquesa, *Continuando*, “El Nuevo Ideal”, 6 setiembre 1902, pp. 1-2.

16. «Uno de los motivos importantes por los cuales se convirtió (el catalanismo) en uno de los argumentos habituales en la reflexión teórica y doctrinal de los republicanos catalanes de finales del siglo XIX». À. Duarte, *op. cit.*, p. 101.

17. A. Franquesa, *Catalanistas y federales*, “El Nuevo Ideal”, 28 junio 1901, p. 1.

a la libertad y contrario al centralismo unitario y opresor¹⁸ siempre y cuando no se alejase de los parámetros democráticos y liberales, y criticarán duramente el unitarismo, al cual calificarán de «antinatural», contraponiéndolo al régimen que consideraban más conveniente para un Estado como el español, el autonómico:

[...] el sistema unitarista es antinatural; no es posible regir por unas mismas leyes á las diferentes regiones que componen á una Nación como España: lo demuestra relatando las diferentes costumbres, caracteres y aptitudes de las razas que pueblan las regiones españolas, sacando en consecuencia la imposibilidad de vivir bajo una misma ley, como no vivimos en un mismo clima, ni son de la misma clase las riquezas que entraña el suelo, ni son del mismo orden las actividades que distinguen á cada una de las diversas regiones que constituyen nuestra patria España [...] que es preciso, si queremos desterrar del Estado los vicios que entorpecen nuestro desarrollo progresivo, substituir el unitarismo absorbente por el régimen autonomista [...]¹⁹.

Respecto la cuestión lingüística, debe apuntarse que los federales de Mataró se mostraron reticentes a utilizar el catalán en actos públicos, especialmente sobre los escenarios²⁰, pero aceptaron la inclusión de lecturas de poesía catalana en muchas de sus veladas político-literarias²¹. El posicionamiento de los republicanos posibilistas de Mataró alrededor del catalanismo fue mucho más homogéneo; no era un tema que les preocupara en exceso y pocas fueron sus manifestaciones sobre esta cuestión. Su postura estuvo plenamente condicionada por el nacionalismo español que impregnaba, especialmente después del Sexenio, el discurso de su líder indiscutible: Emilio Castelar²². España estaba en crisis y debía reforzarse reafirmando los aspectos más destacables de su idiosincrasia así como las heroicidades más relevantes de algunos de sus personajes históricos más populares²³. No debe sorprendernos que concibieran el catalanismo como

18. Id., *Como entendemos el regionalismo*, “El Nuevo Ideal”, 20 marzo 1897, p. 1.

19. A.C.F., *En el Centro Federal*, “El Nuevo Ideal”, 26 marzo 1904, pp. 2 -3.

20. Obras de teatro de Pitarra como *Lo pubill* o *Lo lliiri d'aigua* recibieron críticas desfavorables en la prensa federal local. Véase *Revista de teatros*, “El Nuevo Ideal”, 1 agosto 1886, p. 3.

21. Un ejemplo de una de estas veladas lo podemos encontrar en “El Nuevo Ideal”, 13 octubre 1889, p. 2.

22. À. Duarte, *Possibilistes i federals. Política i cultura republicanes a Reus (1874-1899)*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 1992, p. 293.

23. Es el caso de Juana de Arco. Destacaron como su patriotismo contribuyó a la expulsión de los ingleses. Esta expulsión, aunque «el amor a la patria puede exaltar la imaginación más tranquila», afirmaban que fue un acontecimiento con un fundamento histórico indudable. Aprovecharon también la ocasión para recordar que este personaje fue, según su peculiar interpretación, víctima de la Inquisición al ser acusada de recibir ayuda de Satanás,

un obstáculo en el proceso de modernización de España. Al igual que en la mayor parte del resto de Cataluña, el único catalanismo que los republicanos posibilistas de la vieja Iluro estaban dispuestos a aceptar era aquel que no se alejara de las reclamaciones puramente administrativas; un catalanismo que pretendiera contribuir a la renovación de la vitalidad de la nación española.

La cuestión de la lengua catalana fue abordada en contadas ocasiones por esta fuerza política. Cuando la abordaron, su postura también estuvo supeditada a su españolismo. Tal y como comentaban a raíz de un congreso pedagógico en el que se discutía sobre cual era la lengua, la castellana o la catalana, más conveniente para la enseñanza en Cataluña, era necesario fortalecer (sin especificar la manera) «el dialecto o lengua de la región» porque, de esta manera, se reforzaba la «literatura nacional», pero en la escuela se tenía que enseñar en la lengua común que permitía la convivencia mutua, es decir en castellano²⁴.

Por último, la postura respecto al catalanismo de la familia republicana más minoritaria de Mataró, la progresista, también fue extremadamente crítica. El movimiento catalanista, según estos republicanos, era un satélite del catolicismo clerical y, por lo tanto, una fuerza reaccionaria contraria al mensaje de Jesús. La crítica anticlerical al catalanismo efectuada por este republicanismo progresista de la capital del Maresme es fácilmente detectable en la gran mayoría del federalismo catalán así como en algunos núcleos progresistas. El uso, en cambio, de la figura de Jesucristo, a pesar de que puede detectarse en otras poblaciones catalanas, debe entenderse en un contexto local: los progresistas de Mataró eran declaradamente masónicos y cristianos y su lucha contra la Iglesia católica, a la cual responsabilizaban de haber tergiversado el mensaje del redentor, constituía el factor central de su cultura política. Por lo tanto, el catalanismo, en su opinión, suponía un retroceso clerical, un obstáculo para el progreso impulsado por la Revolución Francesa que «llevando a la práctica las ideas de Jesucristo ha hecho imposible ciertos retrocesos, y el que los pueblos se aislen, levantando vallas físicas y morales». El catalanismo iba en contra de un progreso que estaba destinado a presidir la evolución de cualquier «país civilizado»:

cuando sólo actuaba al servicio de la bondad divina. Véase “La Voz del Litoral”, 25 febrero 1887, p. 1. Su nacionalismo no tenía que vincularse con el fanatismo religioso, pero tampoco debía alejarse de Dios. La opinión según la cual el catalanismo escondía un catolicismo intransigente y un clericalismo antidemocrático será proclamada asiduamente por federales y progresistas; en cambio, el republicanismo posibilista, aunque también la compartía, la expresará y defenderá con menor frecuencia.

24. M. de Pimentel y Donaire, *La Enseñanza de la Lengua Española ante el regionalismo*, “La Voz del Litoral”, 19 agosto 1888, pp. 1-2.

Hoy día el género humano tiende a constituirse en una sola familia regida por unas mismas leyes, teniendo una misma lengua y unas mismas costumbres [...] ¡Y por lo tanto todos los hombres amantes del progreso deben ayudar en la medida de sus fuerzas a su más pronta y fácil realización! Y cuantos se opongan a ésta obra verdaderamente divina deben ser considerados como hombres indignos de vivir en un país civilizado y de llevar el nombre de cristianos²⁵.

No valorarán el nacionalismo español desde este punto de vista. Aunque criticaran los movimientos regionales en sí mismo mediante un discurso cristiano que tendía a unificar y desnacionalizar a todos los hombres, en realidad se oponían, al igual que los posibilistas, a los movimientos sociales, políticos o culturales en función de la ideología y del proyecto político-social que suponían que los sustentaba: el catalanismo no concordaba con unos proyectos, el de los progresistas y el de los posibilistas, según los cuales se debía articular España alrededor de un Estado unitario y fuerte que permitiese la limitación, en caso necesario, de la autonomía política de las clases populares; por el contrario, el nacionalismo español, que no cuestionaba los proyectos a los que acabamos de hacer referencia, todavía podía reconducirse hacia objetivos liberales y, por lo tanto, era preciso conservarlo y reforzarlo.

25. G. Bruno, *El catalanismo clerical*, "El Progreso", 7 diciembre 1889, p. 2